

Acapulco y los galeones de Manila

ICHIKAWA Shin-ichi

Prólogo

En mi artículo anterior, “Los galeones de Manila y los gobernantes japoneses del siglo XVII”, aparecido en el *Bulletin of the Institute for Mediterranean Studies*. No.2. (2004), traté de poner de relieve las relaciones comerciales entre Nueva España y Japón a principios del siglo XVII, basándome en documentos hallados en Sevilla (España) y en Tokio.

El principal objetivo de mi investigación durante mi última estancia en México—especialmente en el Centro de Estudios del Pacífico de la Universidad de Guadalajara—ha sido revisar dicho artículo, echado mano para ello del material conservado en la Biblioteca Central de Guadalajara. Desgraciadamente, no pude ampliarlo como habría esperado, debido a la escasez de documentación.

Con todo, tuve la suerte de encontrar allí información que habría sido difícil de hallar en Tokio.

Así pues, de momento deberé contentarme con completar parcialmente mi primer artículo con la ayuda del material hallado durante mi corta estancia en la Universidad de Guadalajara en 2005.

I. El importante papel jugado por el puerto de Acapulco en el primer contacto de los españoles con Japón

Durante los siglos XVI y XVII, debido a la política de obstrucción de la Corona española, el acceso de los extranjeros a sus grandes territorios en el Nuevo Continente fue extremadamente difícil. Sin embargo, a mediados del siglo XVI, el viajero inglés Thomas Gage pudo visitar Nueva España y dejó constancia de su viaje en su relato *A New Survey of the West-Indies* (1648), traducido al español en el siglo XVII—desafortunadamente, no tuve la suerte de leerla durante mi última estancia en México.

A fines del siglo XVII, el napolitano Gemelli Carreri pudo pasar también por Nueva España durante su vuelta al mundo y redactó el *Giro del mondo, del dottore D.Gio.Francesco Gemelli Carreri (1699-1700)*. 6 vol. La narración

del viaje por Nueva España se encuentra en el sexto tomo. Oportunamente, esta parte fue objeto de las traducciones, una en 1927 (*Viaje a la Nueva España*. Traducido por José María de Agreda y Sánchez) y otra en 1955 (*Viaje a la Nueva España. México a fines del siglo XV- México*, Prólogo de Fernando B. Sandoval).

La primera conservada en la Biblioteca de la Universidad de Guadalajara, la consulté frecuentemente durante mi estancia allí, lo cual me permitió encontrar una descripción del viajero italiano sobre el puerto de Acapulco en aquel entonces.

En cuanto a la ciudad de Acapulco, me parece que debería dársele el nombre de humilde aldea de pescadores, mejor que el engañoso de primer mercado del mar del Sur y escala de la China, pues que sus casas son bajas y viles y hechas de madera, barro y paja. Está situada a 17 grados de latitud, menos algunos minutos, y a 266 de longitud, al pie de altísimos montes, que si bien la defienden por la parte del Oriente, son la causa de haber en ella graves enfermedades desde el mes de noviembre hasta el fin de mayo. Estábamos allí en el de enero y no obstante yo sentía el mismo calor que en Europa en el tiempo de la canícula, lo cual proviene en parte de que no llueve allí en los siete meses dichos, sino solamente algo de junio a octubre, que sin embargo no basta para refrescar el ambiente. Debe notarse pues que en Acapulco, en México y en otros lugares de la Nueva España, jamás llueve en las mañanas, y así el que no quiere mojarse no tiene más que hacer sino despachar sus negocios antes del medio día y estarse luego en su casa. Por tal destemplanza en el clima de Acapulco, y por ser el terreno tan fragoso, hay que llevar de otros lugares los víveres, y con este motivo son tan caros, que nadie puede vivir allí sin gastar en una regular comida menos de un peso cada día; además, las habitaciones, fuera de ser muy calientes, son fangosas e incómodas.

Por estas causas no habitan allí más que negros y mulatos, que son los nacidos de negros y blancas; y rara vez se ve en aquel lugar algún nacido en él de color aceitunado. Terminada la feria que se hace en el puerto con ocasión de la llegada de la nao de China y de los navíos del Perú, que suelen aportar allí cargados de cacao, se retiran los comerciantes españoles, como también los oficiales reales y el castellano, a otros lugares, por causa del mal aire que reina en aquel, y así queda despoblada la ciudad. No hay en ella de bueno más que la

seguridad natural del puerto, que siendo a manera de caracol, como antes se ha dicho, y con igual fondo por todas partes, quedan en él las naves encerradas como en un patio cercado de altísimos montes, y atadas a los árboles que están en la ribera. Se entra en el mismo por dos embocaduras: la una pequeña de la parte del Noroeste, y la otra grande de la del Sudeste. Defiende la entrada el castillo con cuarenta y dos piezas de artillería, de bronce, y sesenta soldados de guarnición.¹

En la evocación que el viajero napolitano hace del Acapulco de finales del siglo XVII se puede observar que solía servir de puerto receptor a las naos de China y a los navíos del Perú. Es muy interesante saber que, debido al mal aire de la ciudad, los comerciantes y oficiales españoles solían venir al puerto sólo durante el momento de los negocios para retirarse después.

Mientras la nao de Filipinas está en el puerto, se ven cantidad de comerciantes. Pero apenas ha partido cuando todos se retiran. Los habitantes, incluso los más ricos, van a pasar mucho antes el verano en las tierras, para evitar los malos aires de Acapulco, durante los calores que allí son excesivos.²

En el famoso libro *Acapulco en la Historia y en la Leyenda*. (México, 1948), menciona el autor Vito Alessio Robles:

La obsesión europea a fines del siglo XV y en los albores del siglo XVI (...) fue la navegación hacia las costas asiáticas por el camino de occidente. (...)

Esa ruta, una vez explorada, hubo de abandonarse y casi quedó relegada al olvido por más de tres siglos. En el lapso que media entre la exploración de Magallanes, efectuada en 1520, y el viaje de estudio al mismo estrecho, llevado a

¹ Juan Francisco Gemelli Carreri, *Viaje a la Nueva España*. Traducido por José María de Agreda y Sánchez. (México, 1927). pp.8-9.

² Véase también otro testimonio: Du père Taillandier, missionnaire de la compagnie de Jésus, au père Willard, de la même compagnie, A Pondichéry, le 20 février 1711. "Tandis que le vaisseau des Philippines est dans le port, on y voit quantité de marchands : mais à peine est-il parti que chacun se retire. Les habitants, même les plus riches, vont passer l'été plus avant dans les terres, pour éviter le mauvais air d'Acapulco, pendant les chaleurs qui y sont excessives." *Lettres édifiantes et curieuses des missions de l'Amérique méridionale par quelques missionnaires de la compagnie de Jésus*. Préface de Claude Reichler. (Editions Utz,1991). p.226.

cabo por la fragata Santa María de la Cabeza, en los años de 1785 y 1786, sólo habían surcado el peligroso estrecho treinta expediciones marítimas, algunas de ellas fracasadas, otras perdidas en lo absoluto, muchas organizadas por piratas y corsarios ingleses, holandeses y franceses para hostilizar el comercio español y todas, en una palabra, desprovistas de finalidades comerciales.

A estas circunstancias debió Acapulco su prominencia mercantil, estratégica y marítima, que lo convirtió en un emporio comercial de primer orden, en la llave del Pacífico y en el nudo de las comunicaciones entre Europa y Asia.³

De esta manera, se hace hincapié en el papel jugado por el puerto de Acapulco entre Europa y Asia (vía Manila).

Al remontarnos a la historia de la conquista hacia Occidente, hay que recordar también la ambición de Hernán Cortés, así como la del Emperador Carlos V.

En el libro *Urdaneta y "Tornaviaje"*, aparecido en 1965, Enrique Cárdenas de La Peña refiere la siguiente noticia:

Para entonces Carlos I de España recibe la noticia de la gran Tenuxtilan por Hernán Cortés y el anhelo que este capitán expresa de ensanchar sus dominios hacia el Poniente.⁴

En cuanto al establecimiento de la ruta tan anhelada por Hernán Cortés, es sabido que habría que esperar al descubrimiento de la ruta marítima de regreso hacia Acapulco (desde Manila) hecho en 1565 por Andrés de Urdaneta.

En efecto, fue este agustino, quien descubrió la ruta del tornaviaje entre Filipinas y la Nueva España, al aprovechar la "corriente negra" llamada en japonés "kuro-shio".⁵

Si hacemos caso a la tradición que la expedición encabezada por el adelantado López de Legazpi se hizo a la vela desde el puerto de Acapulco,

³ Vito Alessio Robles, *Acapulco, Saltillo y Monterrey en la Historia y en la Leyenda*. (Editorial Porrúa, S.A., México, 1978). p.33.

⁴ Enrique Cárdenas de La Peña, *Urdaneta y "Tornaviaje"*. (México, 1965).p.12.

⁵ *Ibid.*, p.133.

pero según *Las Memorias del capitán Jean de Monségur* podría haber sido también el puerto de Navidad el punto de salida.

A este efecto, el año 1559, don Luis Velasco, segundo virrey de México, mandó aparejar una pequeña flota con algunas tropas de desembarco, cuyo mando dio a un Vizcaíno llamado Miguel López de Legaspi, al cual encargó descubrir y conquistar algunas de estas islas. Aquel general salió del puerto de Acapulco, y según otros del de la Navidad y llevando siempre ruta hacia el Occidente...⁶

Es esta teoría la que defienden autores como Carlos Pizano y Saucedo:

El 21 de noviembre de 1564 partió del puerto de Navidad la expedición del adelantado Miguel López de Legazpi y Fray Andrés de Urdaneta hacia las Islas Filipinas.⁷

II. La ruta marítima de regreso hacia Acapulco (desde Manila) y Rodrigo de Vivero, ex-Gobernador General temporal de las Filipinas(1609-1610)

Además del estudio sobre Rodrigo de Vivero (1564-1636) de la investigadora francesa Juliette Monbeig, al que me referí en mi precedente artículo durante mi estancia en México, tuve la suerte de leer también el libro de Lothar Knauth, donde pude encontrar más detalles sobre la ruta marítima de regreso hacia Acapulco (desde Manila) .

En julio de 1609, dos galeones de Manila habían zarpado de Cavite, al sur de Manila, rumbo a su viaje anual hacia Acapulco. Uno era *el Santa Ana*, al mando de Andrés de Molina y el otro, el barco del almirante, *el San Francisco*, en

⁶ Veáse *Mémoires du Mexique—Le manuscrit de Jean de Monségur (1709)*. Introduction & notes de Jean-Paul Duviols. (Chandeigne, 2002). “A cet effet, en l’an 1559, don Luis Velasco, second vice-roi du Mexique fit équiper une petite flotte avec quelques troupes de débarquement dont il donna le commandement à un Biscayen appelé Miguel López de Legaspi qu’il chargea de la découverte et de la conquête de quelques-unes de ces îles. Le général partit du port d’Acapulco et selon d’autres de celui de la Navité et faisant toujours route vers l’occident; [...]” p.294.

⁷ Carlos Pizano y Saucedo, *Jalisco en la Conquista de Las Filipinas. / Barra de Navidad y la Expedición de López de Legazpi*. (Edición de la Sociedad de Geografía y Estadística y el Gobierno del Estado de Jalisco. Guadalajara, Jal., México, 1964). p.25.

mando de Juan Esquera, que conducía de regreso a la Nueva España al gobernador interino, Rodrigo de Vivero. Los dos barcos se encontraron con mal tiempo, pero mientras *el Santa Ana* logró escapar a un puerto de Bungo para reparaciones, *el San Francisco* sufrió naufragio en la costa de Chiba, en la parte trasera de la bahía de Tokio, cerca del pueblo de Uwada.

[...] los náufragos españoles fueron recibidos por el señor local. Los sobrevivientes recibieron ropa, provisiones y fueron conducidos al castillo shogunal de Edo. Después de una entrevista suntuosa, Rodrigo de Vivero fue llevado a Sumpu a ver a Ieyasu(1542-1616).⁸

Conclusión

Quisiera decir que este rápido estudio efectuado en 2005 en el Centro de Estudios del Pacífico de la Universidad de Guadalajara es sólo el primer paso hacia una investigación más amplia sobre el mismo tema.

Por el momento, concluyo con estas líneas del bien documentado libro de Lothar Knauth diciendo:

La confrontación entre Japón y el Imperio hispánico terminó en empate, y los protagonistas, que una y otra vez parecían convertirse en socios compatibles, quedaron prisioneros de sus estructuras y prejuicios ideológicos.⁹

⁸ Lothar Knauth, *Confrontación Transpacífica—El Japón y el Nuevo Mundo Hispánico. 1542-1639*. (UNAM, 1972). p.190.

⁹ *Ibid.*, p.358.

Nota adicional:

Deseo agradecer al Sr. OKABE Taku, investigador de la Universidad de Guadalajara, que me haya enviado la fotocopia de *Las Nuevas Memorias del Capitán Jean de Monségur*. Edición e Introducción Jean-Pierre Berthe. (UNAM, 1994).

Después de haberles echado una ojeada, quisiera señalar que este documento acerca de los peligros que para la Nueva España estrañaba el comercio con Filipinas está escrito a partir de la visión de un hombre que pudo conocer sólo parcialmente—México y alrededores—los vastos territorios de la Corona Española, y es evidente que refleja el punto de vista del Gobierno francés de la época, que no es necesariamente el mismo que el del Rey de España, como bien demuestra el hecho de que los galeones de Manila continuasen realizando su ruto hacia Acapulco hasta 1815.

[Tokio, 25 de diciembre de 2006].

[Por último, el autor desea expresar aquí su agradecimiento a la Secretaría de Relaciones Exteriores (SRE) del Gobierno de México, por la beca concedida para poder investigar en la Universidad de Guadalajara en 2005, así como al Dr. Roberto Hernández Hernández, Jefe de Departamento de Estudios del Pacífico.]